

»Fué en el culpado afrenta el beneficio,
Y amores de su ausente compañía
Del Turco le volvieron al servicio,
O al miedo de su injusta tiranía.
No se mostraba á Mahamet propicio
El cielo, y castigando su porfia
De honroso triunfo, con presteza rara
Nueva materia al vencedor prepara.

»Feri-Bajá su ejército compuso,
Terror de entrambas Asias y respeto,
Y en muchas armas y guerreros puso
La furia de su Príncipe en efeto.
Partirse de Andrinópolis dispuso,
Cuando en honor ocioso, libre y quieto,
Hallar pensaba á su contrario fuerte,
Con tantas amenazas de la muerte.

»El bosque apenas de Dibrastro pisa,
Cuando el guerrero invicto que le aguarda
Al viento dió la bélica divisa,
Que tantos escuadrones acobarda.
Mostraba al cielo su primera risa
El alba, que á la sed del campo tarda,
Y al pié de un monte con violenta furia
Comienza el hierro su primera injuria.

»Arde el furor, y los valientes brazos
De golpes y armas en el fuego ardan,
Y los deshechos cuerpos en pedazos
Los últimos alientos despedían.
Ya de la tierra con violentos lazos
Los unos á los otros suspendían,
Y por el campo estéril arrojadas,
Ni ofenden ni castigan las espadas.

»Con altas voces y soberbia muestra
Feri gritaba en medio de las iras:
«¿A qué lugar de mi ambiciosa diestra,
Escandarbei cobarde, te retiras?
Aquí verás á tu quietud siniestra
Esa fortuna impróvida que miras
Vecina siempre; así acabó callando,
Que ya le estaba el golpe amenazando.

«Oh bárbaro pagano!» le replica
El gallardo Albanés, que airado y presto
El brazo y lanza á su castigo aplica,
Al noble triunfo sin temor despoja.
Con el arnés el bárbaro complica
El fuerte escudo á la invasion opuesto,
Sintiendo el cuerpo á su rigor desnudo,
Flaquezas del arnés y del escudo.

»Al suelo vino el misero gigante,
Envuelto con la sangre y la congoja,
Y el curso de sus venas redundante
Traslada al campo su pintura roja.
Fué del combate término el instante
Que de la vida al bárbaro despoja,
Pues ya la gente por el bosque suelta
A Grecia daba sin honor la vuelta.

»Aquí la noche y mi fatiga piden
Que ponga fin á tan notable historia,
En quien sus raros méritos se impiden,
Con forzosa ambición de tanta gloria,
Y para referir si osados miden
De muertos y vencidos la memoria,
O los números faltan á la cuenta,
O al Turco vidas, ó á su honor afrenta.»

«Oh justa admiración del siglo nuestro,
Asombro de los héroes pasados!»
Responde aquel de espíritu maestro,
Con los piadosos ojos admirados;
«Mi justo espanto en el silencio nuestro,
Y en estos años tristes y cansados
Al cielo gracias doy, que en tanto precia
La fe perdida y la amistad de Grecia.

»Mas ya la noche, despertando el cielo,
A deslucir comienza las estrellas,
Y cobra fuerzas al comun desvelo,
Viviendo el campo cuando mueren ellas;
Y en esta injuria universal del cielo,
Al son de los bramidos y querellas
De viento y mar descansen tu fatiga,
Que á mas ilustre habitación obliga.»

CANTO X.

ARGUMENTO.

Las lluvias y crecientes desataron
La helada nieve que guardó el enero,
Y al furor de Sebeto peligraron
Las vidas del ejército guerrero.
Arnaldo y Bruno en Nápoles entraron;
Descubren el formal paso al acero;
Enrique lo desprecia, y Paradino
A enojo y furia con Oriando vino.

Dormido estaba en medio del invierno
El año, prometiendo su tristeza
Que puede ser aquel rigor eterno,
Pues muerta llora el campo su belleza;
Y atento Alfonso al militar gobierno,
Aprieta en los cercados la estrechez,
Que estando entre sus piedras mal seguros,
Son grillos las almenas de los muros.

Estaba de las nieves coronada
La blanca cuna, en que nació el Sebeto,
Y nueva cumbre en su cerviz formada,
De escarcha y nieve con helado aprieto;
Y el agua con el viento conjurada,
Su blanda lluvia con veloz efeto
Arroja, desatando de la cumbre
La riza y cristalina pesadumbre.

El agua, errante espejo de los cielos,
Tendía libre sus valientes brazos,
Y los incultos y ganchosos hielos
Las penas desataban en pedazos.
Informes surcos con prestados vuelos
Rompió en su cumbre con soberbios lazos,
Forzando al río que su curso empuñe,
Y con lisonjas tantas se despeñe.

Sebeto humilde, que la seca arena
Bañar no puede en el ardiente estío,
Soberbio ya con la creciente ajena,
Fué mar primero que naciese río.
Su natural templanza desenfrena,
Llevado del caudal violento y frío,
Y al árbol que antes con molestia floja
Besó los piés, la frente le despoja.

Bramó erizada la veloz corriente,
Y con tropel las aguas detenidas,
El curso retardaban diligente,
Mas á subir que no á correr movidas;
Y con la gravedad de la creciente,
Las aguas naturales oprimidas,
Despiden arrojando en las riberas
El peso de las ondas extranjerías.

Del loco asalto y repentino, mudos
Los fieros animales peregrinos,
Regiones nuevas, sin industria rudos
Vivir prefieren, á morir vecinos.
Sebeto son los árboles desnudos,
Sebeto los arroyos cristalinos,
Sebeto el campo, que insolente baña,
Sebeto el mar, Sebeto la montaña.

En otro ser la tierra se transforma,
Los montes con naufragio amenazaban,
Y al nuevo mar que la creciente forma,
Riberas para serlo le faltaban.
La fuerza con la injuria se conforma,
Y cuando mas sus cumbres despojaban,
Soberbia el agua sin concierto mueve
Con piés de vidrio máquinas de nieve.

Ruínas de edificios parecían
Los troncos, y los techos mal formados
De hielos, que las piedras desmentían
A manos de las nubes fabricados.
Era la obscura noche, en que dormían
Su dulce y breve muerte los cuidados,
Y del comun acuerdo suspendidos,
Iluyeron al trabajo los sentidos.

En medio pues del general sosiego,
Turbóse el campo con mayor espanto
Que Troya vió del escondido griego
Temblar sus muros y nacer su llanto.
No tan veloz de repentino fuego
Turba asaltada se divide, en tanto
Que el justo miedo que á librarla aspira,
Primero el daño que el peligro mira;

Como el confuso ejército, sintiendo
La no esperada inundación que brama,
En leños navegantes convirtiendo
La armada tienda y la deshecha cama.
Su fuerza prevenida del estruendo,
Armas, caballos, máquinas derrama
El río, siendo con furor constante
De espumas locas horrible gigante.

Primero nadan muchos que despierten,
Otros despiertos al remedio corren,
La turbación impide que le acierten,
Y en vano atentos el vivir socorren.
Las varias voces y el rumor advierten,
Y el fuerte sitio sin tardar recorren
Los diestros capitanes que de Chaya
Cenian los jardines y la playa.

Creyendo que intentaba el enemigo
Hacer alguna ofensa en los cuarteles,
Saltó el gallardo Alfonso á su castigo,
Cercado de armas y soldados fieles;
Mas ya buscando en su piedad abrigo,
Por un espeso bosque de laureles
Llegaron brevemente los primeros
Confusos y turbados mensajeros.

Sintiendo el capitán noble y piadoso
De sus amigas gentes el estrago,
Y con afecto tierno y generoso,
Dió de la espuela á un alazan cuartago;
Y entrando libre en el peligro ondoso,
Desprecia osado del reciente lago
La furia, que conserva embravecida
Tan gran rumor para tan corta vida.

Daba á la noche lúcidos espejos
La nueva luz, que la del sol retrata,
Y del cambiante viso en los reflejos,
Trémula ondea la espumosa plata.
Rindió presente, si temió de lejos
La injuria que del monte se desata
El gran Alfonso, que á vencerla obliga,
Y así les dice en la comun fatiga:

«Oh fuertes capitanes, nuevo ejemplo
De amor y de constancia generosa,
Honor y lustre del sagrado templo,
Dónde en la fama la virtud reposa!
Cuando en miserias trágicas contemplo
La fe en peligros tantos animosa,
Convierto en glorias tan honradas penas,
De España triunfos, de mi amor cadenas.

»Animan destas piedras los temores
Con líquido furor los elementos,
Vertiendo el monte que produce flores,
Soberbios y arrojados movimientos;
Si ya de los trabajos los mayores
Pasados son, si reprimió los vientos,
Domó las aguas, sujetó la tierra,
Mostrando el cielo el fin de tanta guerra;

»No tema, no, vuestra opinión altiva
De hielo y nieve á un insolente parto,
Si deste mar que al campo se deriva,
Ni el daño temo ni el caballo aparto.
Ya cede la corriente fugitiva,
Ya de su vida en el postrero cuarto
Está la noche, y la mañana asoma,
Deste diluvio candida paloma.»

Así les dice, y por el verde monte
Mostraba el cielo, que salir pretende
El alba, y despertando el horizonte,
Aun no le dora, pero ya le enciende.
Por mas estrecha margen el desmonte
Bajan con el silencio al mar empuñe,
Y el agua huyendo, al engañado día
Islas del mar la tierra parecía.

PE-II.

Quedó sin nieve la robada cumbre,
Medrosa y triste la desnuda selva;
Del monte la frondosa pesadumbre
El agua teme que á enojarse vuelva.
Del sol respetan la piadosa lumbre
Las mudas aves, aunque mas la envuelva
En negros arreboles la mañana,
De ver sus trenzas por el aire ufana.

Ya por los altos muros que el estruendo
Mas que la ofensa amenazó la frente,
Algun marcial insulto previniendo,
Velaba atenta la turbada gente;
Y con la hermosa luz, que descogiendo
Su manto el día, despertó el Oriente,
El daño escucha, advierte la fatiga
Que á mas asombro que la guerra obliga.

«¿Qué aguardas, generoso caballero,
Dijo á Refaer Aruico el Fuerte, cuando
Se muestra el cielo tu mejor guerrero,
Y están por tí sus armas peleando?
¿Quién vió jamás que con asalto fiero
Sebeto humilde baje desatando
Montes de hielos, donde apenas bebe
La seca orilla en su cristal la nieve?»

»Prodigios grandes, memorables casos,
No sin cuidado los dispensa el cielo;
No son comunes, no, tales fracasos,
Ni verse Soma coronar de hielo,
Ni el río pobre, que con lentos pasos
Apenas lava el conocido suelo,
Trocar soberbio en rústicos bramidos
Lo que era adulación de los sentidos.

»Aun no sus gentes en quietud se alojan,
Si ves las tiendas por el agua errantes,
Y ya el remanso sin parar despojan,
Con menos miedo que bebieron antes.
¿Por qué á vencer á Alfonso no se arrojan
Tus lises, tus caballos, tus infantes,
Y será, pues lo muestra el cielo amigo,
En tí vitoria, lo que en él castigo?»

«Vamos, responde el animoso franco;
Muera la gente indómica española,
Salga el blason de mis mayores blanco,
Arme su gente Aruico y Continola.
Llegóse el día que de Italia arranco
Esta nación, que peregrina y sola,
No hay armas ni defensa que le estorbe
Querer pisar los límites de el orbe.»

Con cajas sordas, con trompetas mudas,
Por la encubierta entrada desplegaron
Sus armas, que á las márgenes desnudas
Con segunda creciente amenazaron.
No bajan tan espesas y menudas
Las piedras, que su nube desataron,
Como despiden con igual ruina
De astadas armas nube repentina.

No halló en descuido al hijo de Fernando,
Que diestramente tuvo prevenida
Como prudente capitán, juzgando
La forzosa ocasión de la salida.
Ya en las humildes aguas peleando
Por una y otra parte embravecida
Andaba la contienda, y por los vientos
Sonaban los fatales instrumentos.

Juzgando de su parte la fortuna,
Con tal furor embisten los cercados,
Que la presteza igualan importuna
Del viento entre los troncos despojados.
Hallar no piensa resistencia alguna
En armas, en caballos y en soldados,
Con vanas y soberbias presunciones
Aquel mezclado vulgo de naciones.

La muda tierra fatigada gime,
Y hollada en torno con temor se encoge;
El aire vago herido se comprime,
Y en él sus voces con furor descege;
Las armas suenan y el acero imprime
Su filo ardiente; el humo se recoge,
Y en su fingida noche las centellas,
Brillando nacen para ser estrellas.

-22

Alfonso, recelando que el combate
Mas que á las fuerzas al honor obligue,
Cargó á la parte, donde Aruico bate
Un débil puesto, en que su gente sigue.
Con tal presteza su invasión rebata,
Y con tal diligencia la persigue,
Que todos al amparo de los muros
Llegaron, ni gallardos ni seguros.

Vinieron con tropel y desconcierto,
Revueltos todos á la estrada oculta,
Y aunque era el paso conocido y cierto,
La ciega turbacion le dificultó.
Con ellos mismos por divino acierto,
Entre el confuso estruendo que resulta
Del miedo y del huir, Arnaldo y Bruno
Entrar pudieron sin peligro alguno.

Ni mas espacio ni ocasion esperan,
Mirando la ciudad y las murallas,
Y en toda parte atentos consideran
Armas, pertrechos, gente, vituallas.
Era la copia tanta, que pudieran
En vez de asaltos aguardar batallas,
Fiando á la campaña y á las manos
La fiera hostilidad de los romanos.

Viendo el difícil caso, con presteza
Caminan, por si en muros ó reparos
Descubren ó descuidos ó flaqueza,
Que siempre salen al vencido caros.
Es todo cuanto miran fortaleza,
Son los diseños en el arte raros,
Industrias todo y atencion con arte,
Ministros todos del furor de Marte.

Con esta diligencia vigilante,
Calles, murallas cuidadosos giran,
Y sin mover los pasos adelante,
El gran conduto de las aguas miran.
Del tiempo advierten la excepcion constante,
Y aquel trabajo venerable admiran,
Y oculta fuerza en suspensiones tantas
Les deja apenas levantar las plantas.

«No es este, dijo Arnaldo, aquel conduto
Por donde Belisario antiguamente
Dió por camino sólido y enjuto
Abierto paso á la romana gente?
Si vió logrado el generoso fruto
De aquel atrevimiento diligente,
¿Que nos detiene el miedo del contrario,
Si somos cada cual un Belisario?»

«¿Qué sabes tú si el cielo, Bruno amigo,
Con este nuevo caso nos avisa,
Que somos los ministros del castigo
Del gran tirano que sus muros pisa?
A nadie temo cuando voy contigo,
Ningun estorbo mi valor divisa,
Y á pechos nobles por hazañas tales
El tiempo les consagra sus anales.»

«El Quinto Alfonso, con trabajo tanto,
Expuesto á las jornadas de los cielos,
Sobre el enero descogió su manto
De blanca nieve y erizados hielos,
Y vió después con singular espanto
Rasgar las nubes sus prenados velos,
Dando osadía y fuerzas á un arroyo,
De humildes fuentes miserable apoyo.»

«Miremos pues si el cielo le destina
Mejor suceso y favorable suerte,
Y por industria nuestra se encamina:
Que al fin dichoso en su fatiga acierte.
Ya vence el que á vencer se determina,
No acierta siempre en la ocasion la muerte,
Y acaba honrado el generoso pecho
Que bien comienza, la mitad del hecho.»

«Entremos presto, Bruno le responde,
Que si las amenazas del abismo,
Este formal en su region esconde,
A mi verdad y amor fuera lo mismo.
Igual á nuestros brazos corresponde
La fama, que el antiguo gentilismo
Con plumas tantas celebró en historia,
Pues no es menor de mi ambicion la gloria.»

Conformes y resueltos sin tardanza
A todas partes miran, previniendo
De tantos enemigos la asechanza,
Que la ciudad andaban discurriendo;
Y viendo la quietud y la bonanza
Que la ocasion estaba promeliendo,
Caminan juntos por la anciana cueva,
Donde el valor y el ánimo los lleva.

Por tanta obscuridad, por noche tanta
Mueven el paso, intrépido y confuso,
Y apenas quiere la dudosa planta
Dejar la huella en que una vez se puso;
Mas cuando su osadía la levanta,
La prevenida mano se antepuso
Al tardo paso, que engañado piensa
Hallar en ella natural defensa.

Así pasean la region obscura
Con duda, suspension y pesadumbre;
Mas los temores vanos asegura
Al fuerte pecho la marcial costumbre.
«Si engañarme el sentido no procura,
Allí despunta entre el horror la lumbre,
Le dice Bruno, cuando apenas arde
Con breve rayo trémula y cobarde.»

«Sin duda es lumbre, Arnaldo respondía,
Mas no es de fuego la que opuesta luce
Alegre prenda, si, del claro día,
Que á ver del sol los rayos nos conduce.»
Juntos caminan pasos y porfia,
Que á dulces parabienes se reduce
Del uno al otro, conociendo luego
Que es luz del sol, y no de oculto fuego.

Apenas reconocen la salida,
Cuando postrados al favor del cielo,
Le ofrecen con piedad agradecida
Lágrimas tiernas de cristiano celo.
Allí el amor de la preciosa vida
Pisaba en libertad seguro suelo,
Y el amor ambicioso se promete
De la incierta ocasion tiempo y copete.

Así contentos y animosos llegan
Al campo, en que los fuertes celiberos
Para asaltar á Nápoles entregan
Al aire triunfos, y su luz aceros.
De verlos todos, admirados ruegan
Que cuenten su jornada los guerreros,
Pues ya por muertos lágrimas baldías
Honraron tristes las exequias pias.

Caminan ellos, y al placer remiten
De ruegos importunos la respuesta,
Y abrazos nuevos al pasar repiten,
Creciendo siempre la ocasion molesta;
Mas no impidió que apriesa soliciten
Llegar al Rey, á quien la fama presta
Llegó primero, y en consejo aguarda
El nuevo caso, que esperado tarda.

Estaba de sus héroes y hermanos
Con armas y consejo prevenido,
Cercado en torno de prudentes canos,
Y no de loca juventud cenido,
No turba de ignorantes cortesanos,
El gran consejo tienen pervertido,
Siguiendo en las noticias que aconseja
La fábula comun de la corneja.

Llegando pues al grave acatamiento
De tanta majestad, calló la pieza,
Y con modesta voz y grato acento,
El buen Arnaldo á razonar empieza.
«Escucha, Alfonso, á mi verdad atento,
Le dijo levantando la cabeza,
De todas la mayor de tus venturas,
Con que este reino vences y aseguras.»

«Después que la creciente de Sebeto,
Siendo del campo rápido castigo,
Tu gente puso en miserable aprieto,
Y dió osadía tanta al enemigo,
Que con acelerado y breve efeto
Sus armas quiso acreditar contigo,
Saliendo en odio del blason de España
Soberbio y animado á la campaña;

«Después que con las lises afrentadas
Volvieron á sus muros las banderas,
Se hallaron nuestras armas empenadas
Tan cerca, que siguieron las primeras.
Templado ya el furor de las espadas,
Las nuestras entre tantas extranjeras
Lo mismo hicieron, y á la gente unida,
La enemiga ciudad le dió acogida.

«Sus calles y murallas paseamos;
Estradas, cortaduras advertimos;
La gente y bastimentos tanteamos;
Traveses, casamatas discurrimos:
Ya que difícil ó imposible hallamos
Cualquiera expugnacion que prevenimos,
El cielo nuestros pasos encamina
Al gran conduto de sus aguas mina.»

«Por él entramos sin noticia alguna,
Sujetos al rigor de su contrario,
Movidos del honor que la fortuna
Le dió por esta parte á Belisario.
No fué á tu dicha; oh príncipe! importuna,
Pues sin temor, peligro ni adversario,
Salimos libres de amenazas tantas,
Donde la boca estampo con las plantas.»

«Ceñida de arboledas y jardines,
Del antiguo formal yace la entrada,
A quien entrega un monte en sus confines
El agua, á su tributo dedicada,
Y por oculto seno hasta sus fines
Camina, dirigiendo la jornada
A Nápoles, que aplica sus corrientes
Al importuno censo de las fuentes.»

«Por esta parte, capitán glorioso,
Podrás, dejando el prevenido asalto,
Llevar tu gente cuando en mas reposo
Esté su vulgo de tenerle fallo;
Y el cielo, á tus fatigas generoso,
Hará que la vitoria al sobresalto
Con pasos tan ligeros se adelante,
Que el mismo mal y no el temor le espante.»

Alfonso, agradecido y satisfecho
Del raro caso de la industria nueva,
Responde alegre, sin mostrar el pecho
Cuanto el valor y la ocasion aprueba;
Mas como la ambicion vence al provecho,
Y aplauso tanto de su engaño lleva
Gallardo Enrique, el miedo contradice,
Y así al consejo y al hermano dice:

«Después que de tu sangre se vistieron
Por largo tiempo en tan costosa guerra
Flores y escarbas, y los meses vieron
Vestir el año y desnudar la tierra;
Después que con los muros compitieron
Montes de cuerpos, que su campo encierra
De tus guerreros inclitos, que agora
Su triste patria sin remedio llora;

«Después que de los vientos y los mares
Sintió tu armada la comun ofensa,
Y la ocasion te fuerza que prepares
A tantos enemigos la defensa;
Después que por los campos á millares
Naciones vierte Europa, ¿recompensa
Los trances, los peligros, la tardanza
Desta ficcion la inútil esperanza?»

«Son los ejemplos en la guerra inciertos;
Es arte que se muda con los años;
Los libros no, y á veces los aciertos
Pasados son en lo presente daños.
No niego que al ingenio descubiertos
La historia muestra antiguos desengaños,
Que en la comun política convienen
Al uso nuevo que los hombres tienen;

«Mas no se ajusta el tiempo, los motivos,
La ocasion que obligaron al Romano,
Templando los aceros vengativos,
Tomar la industria, y no la armada mano.
Con ciego estudio los discursos vivos
Los muertos quieren penetrar en vano,
Sin ver que el tiempo engendra novedades,
Al paso que se mudan las edades.»

«A escala vista ó derribado el muro,
De cuerpo á cuerpo en batería llana,
Es el honor y crédito seguro
Que el brazo adquiere y con la sangre gana,
No por camino incógnito y obscuro,
A quien el sol con diligencia vana
Pretende ver, quitando á la vitoria
La luz, testigo ilustre de su gloria.»

«Fué dicha accidental, fortuna acaso
De aquestos capitanes el suceso,
Y hallar sin riesgo entre sus armas paso,
Descuido vil y militar exceso;
Y el miedo á veces del siniestro caso
Del mar imita el natural receso,
Pues cuanto humilla en el menguar la frente,
Soberbio se levanta en la creciente.»

«¿Quién duda agora que estará de guardas
El gran conduto prevenido en torno,
Con picas, con paveses y alabardas,
Brillando el sol en el marcial adorno?
¿Quién, ó por qué conmigo se atraviesa
Con mengua tal, que en el hesperio suelo
Haga en teatro público mi furia
Testigo al sol de que vengó su injuria?»

«No afirmo yo que es cierta ni segura
Por esta nueva entrada la conquista
De la ciudad rebelde, que procura
Que siempre á mis combates se resista;
Mas no será prudencia ni cordura
Negar que vuelva á requerir la vista
El sitio, penetrado en los afanes
De dos tan conocidos capitanes.»

«Que raros veces acertó el desprecio,
De ardientes años consejero errado,
Y á manos de su altivo menosprecio
Acaba siempre el ánimo engañado,
Cualquier aviso y diligencia precio,
Creyendo que en alguna está librado
El celestial favor, que oculto acierta
Donde el discurso le cerró la puerta.»

«El mundo sabe que ánimo y constancia
Es mi blason, y que jamás me admiro,
Por mas que unidas al error de Francia
Vestir los campos de naciones miro.
Si mi razon opongo á su ignorancia,
Ni un solo paso con temor retiro,
Pues ya por batería ó por conduto
Coger pretendo de la guerra el fruto.»

«Después de tanta sangre derramada,
Es bien guardar la que en los brazos queda,
Y el honor de la empresa comenzada
Al tiempo y á la industria se conceda.
Si el cielo muestra á mi sangrienta espada
Camino cierto que seguirse pueda,
Presto verás, ciudad soberbia y loca,
Tu gran descuido y resistencia poca.»

No dijo mas, y luego determina,
Por dar á la invasion tiempo oportuno,
Que salga presto á requerir la mina
Armada gente con Arnaldo y Bruno,
En tanto que la tropa se encamina
Al curso de las aguas importuno,
Y el campo en pareceres se divide,
Y al sol trenzas de luz Diana pide.

En público consejo Paradiño,
Dejando de la silla el hospedaje,
Alzó la voz y el ánimo previno,
Que entrambos mueve el recebido ultraje.
«Cuando, le dice, ¿oh príncipe! convino
Lograr el tiempo y procurar que ataje
Tu invicta gente la comun ofensa
Que hacer Alfonso á tus murallas piensa,

» Cuando con roncadas voces te llamaban
Las aguas insolentes y leales
Del misero Sebeto, que besaban
Apenas de tus muros los umbrales,
Y cuando sus corrientes despertaban,
Movidas con impulsos celestiales
Los ánimos dormidos, y á porfia
Mostró su frente la ocasión al día;

» Y cuando por gozalla despidieron
Tus muros generosos escuadrones,
Y al aire vagamente descogieron
Banderas y estandartes sus naciones,
Y cuando los aceros prometieron
El logro de sus fuertes corazones;
Con gente poca y atrevida guerra,
En esta noble cárcel los encierra:

» Adonde están los invencibles brazos,
Que en tantas ocasiones dividían
Escudos y lorigas en pedazos,
Y al tiempo y la fortuna se oponían.
¿Qué suerte agora en miserables lazos,
Las manos prende, que prender solían?
Ya miro nuestros triunfos como ajenos,
En mas su honor, y nuestra gloria en menos.

» Ya veo que cercados y oprimidos
Nos tiene con trincheas y combates;
Los linos de sus naves descogidos
Detienen de su curso los embates.
De gente y municiones prevenidos
Así nos halla, que es razón que trates
De licenciar la mucha que te sobra,
Si aliento á menos reducida cobra.

» Debajo de tu amor y tu estandarte
Militan el honor y la esperanza
De Europa toda, y ¿quieren afrentarte
Tan nobles armas con tan vil mudanza?
Murió el valor, enagenóse el arte
Del uso de la guerra: ¿qué se alcanza
Con brazos, experiencias y victorias,
Adonde afrentan las antiguas glorias?

» Parece que turbados y revueltos,
Por mí el primero con verdad lo digo,
Queremos negligentes y resueltos
Ser presa, y no dolor de tu enemigo.
Salgan los piés de las cadenas sueltos
Del roto muro, animese el castigo,
Muera el desecado, que prudente llama
El bárbaro desprecio de la fama.

» Si agora aquí tus capitanes juntas,
Para obra digna de sus brazos sea;
Ardiente plomo y herizadas puntas
Veloz despide y vengativo emplea.
Banderas salgan y trompetas juntas,
Y el sol, que por los campos se pasea,
Aceros pise, y el tropel que marcha
Huelle y desate la argentada escarcha.

» Probemos en el campo la fortuna
Como entre muros altos la paciencia,
Por ver si adquiere la osadía alguna
Dicha que no alcanzó la resistencia.
Es siempre á los temores importuna,
Y grata á la atrevida diligencia:
Yo agora ni me agravo ni me quejo,
Pues no la obligación ni obligarla dejo.

» Segunda vez mi parecer repito,
Y muchas mas aquí le repitiera,
Si como con verdades le acreditó,
Con matices retóricos pudiera.
El bien y honor de todos solícito,
Y no será mi espada la postrera
Que ardiente muestre al capitán de España
Mi amor y tu razón en la campana.

» Y juro por los hechos y memorias
De los invictos duques de Lorena
El sacro honor de sus antiguas glorias,
Que siglos tantos venerado suena,
De no poner Labeo en sus historias,
Con vil hazaña del honor ajena,
Pues cuando mas no pueda, armado y solo,
Saldrémos juntos cuando nace Apolo.»

«Basta, guerrero lorenés, responde
Soberbio Orlando, pues nobleza tanta
A su gloriosa sangre corresponde,
Y á mucha con los brazos se adelanta.
¿Quién al suceso público se esconde?
¿Quién de las armas trágicas se espanta?
¿Quién da ocasión que con desprecios viles
Tan fuertes capitanes aniquiles?»

«¿A quién faltó valor, destreza y brio,
Robusto pecho y en osar valiente?
¿Quién hay, que de batalla ó desafío
Sacó sin lauro la gallarda frente?
¿Qué capitán desde el Danubio frío
No dilató su nombre al Indo ardiente?
¿Quién, excediendo el margen europeo,
No puso en Asia singular trofeo?»

«Veces sin cuento la osadía yerra;
Que la ocasión el tiempo la dispone,
Y el arte generosa de la guerra
De esfuerzo y de prudencia se compone.
Si tan bizarros ánimos encierra
Alfonso agora, y á batir se opone
Los sacros muros, ¿qué fatal ruina
La dura frente á su poder inclina?»

«Sus piedras miro altivas y constantes
Mas que el furor de tantas baterías,
Que apenas fueron á mover bastantes
Un corto abrigo de las noches frías;
Gallardos reyes, héroes infantes,
En el discurso largo de los días
No muestran mas que en armas á pedazos
Bruñidas astas y grabados lazos.

«A Pedro, el mas valiente, el mas osado
De España toda, con violencia oculta,
De un golpe entre estos muros fulminado,
En triste y breve tierra le sepulta.
Temor forzoso al fraternal cuidado
Y al campo todo del dolor resulta,
Mostrando á nuestros brazos su congoja,
Pues ya el batir y el asallar ajoja.

«¿Qué mas blason si á Celtiberia vuelven
Perdido el tiempo á los amigos ojos,
Y tantas amenazas se resuelven
En bañar nuestros campos sus despojos?
¿Tan mal entre estas piedras se revuelven
Las astas rotas y los hierros rojos
Tus fuertes defensores, que pretenda
Hallar alguno á su valor enmienda?»

«Yo solo con la gente que milita,
O yo sin ella, de Milan gallarda,
Que en vivo afecto y en verdad imita
Al dueño fiel que coronarte aguarda,
Del muro, que robarnos solicita,
Pretendo solo la defensa y guarda;
Verémos estas máquinas y espantos
Si son al hecho como al miedo tantos.»

«¿Al miedo? dijo, y empuñó la espada
Soberbio y arrogante Paradino:
¿No sabe Italia triste y afrentada
Si a questo brazo á defenderla vino
Con él? Partido el campo en la estacada,
Hacer que reconozcas determino
Si á mucha costa de tu sangre puedo,
En cuyos techos se aposenta el miedo.»

«Yo por mi patria, que ninguno afrenta,
Admito el campo, le responde Orlando,
Que no con arrogancia se sustenta
Lo que el valor adquiere peleando.
Primero que ejecutes lo que intenta
Tu enojo ciego, que te está engañando,
Mi espada mira lo que en otros corta,
Y escoge luego lo que mas te importa.»

«¿Tiempo es agora, célebres guerreros,
Dijo Reiner (y airado se interpuso),
Templando el desacato en los aceros
Del ya tumulto bárbaro y confuso).
Agora es tiempo, ilustres caballeros,
Volvió á decir, y en su lugar se puso,
De vanos retos, de ambiciosa furia,
Dejando libre la mayor injuria?»

«A vista de la sangre que los muros
De ajena mano derramados muestra,
¿Queréis que libre de sus golpes duros
Acabe agora de verter la vuestra?
¿Que tenga descansados y seguros
Contrarios tantos la desdicha nuestra,
Volviendo sus venganzas á los pechos,
De envidia mas que de furor deshechos?»

«Es la defensa, al parecer segura,
Y en ella sola mi quietud consiste;
No vence quien errando se aventura,
Ni pierde honor el cuerdo que resiste.
Guardar lo propio es animo y cordura;
Darlo al suceso, que afrentoso y triste
Al dueño burla, conocido engaño,
Dejar el bien y procurar el daño,

«Y así, guerreros, de mi honor amparo,
Mirad por estas piedras que nos guardan;
Y pues con sangre ilustre las reparo,
En vano sus asaltos me acobardan.
El cerco es largo, el sufrimiento caro,
Socorros nuevos sin peligro tardan,
La gente sobra; el animo nos sobre,
Si el orbe todo pretendéis que cobre.

«¿Quién de mi suerte venturosa duda,
Si soy con prendas tantas venturoso,
Y tengo tales brazos en mi ayuda,
Que al miedo hacer pudieran animoso?
No dijo mas, que ya la noche muda
Mostraba á todos el comun reposo,
Que el laso cuerpo á sus fatigas pide,
Y el alma entre ellas la mayor despide.

CANTO XI.

ARGUMENTO.

Volviendo Ansherto airado á su porfia,
Le aplaca de Fenisa el desengaño;
Al campo Paradino desafia,
Castiga Enrique su atrevido engaño;
Fenisa llega en el postrero día;
Nápoles siente su forzoso daño;
A Florisbel y á Arminda hospeda y cuenta
Reginaldo de Italia armas y afrenta.

En tanto que otro asalto se apareja
Y esfuerzo cobra la cansada gente,
Y con lo sucedido se aconseja
El cuerdo Alfonso, capitán prudente,
Con mas alegres lágrimas se queja
Fenisa al son de una erizada fuente,
Que sin bastar del cielo el duro aprieto,
Murmura con las guijas en secreto.

Atento escucha el viejo venerable
Al buen Liseno la sangrienta historia
Y el caso tan funesto y lamentable
De Laura, robadora de su gloria,
Y cómo por el monte inhabitable,
Llorando Ansherto la infeliz vitoria,
El cielo con suspiros y querellas
Penetra, enterneciendo las estrellas.

También le cuenta que Gerardo estaba
Rendido á la inclemencia del encanto,
Y que buscando su hermosura andaba
Con dulces quejas y piadoso llanto.
Contenta su tardanza lamentaba,
Y alegre el viejo le consuela, en tanto
Que baja el sol, y oculta en la arboleda
Llegar al campo con la noche pueda.

En esto por un valle en que despeña
Un crespado arroyo, que escarchado salta
En el regazo inculco de una Peña,
Y el seco prado dividido esmalta,
Descubren un guerrero, que la seña
Antigua y cierta, que jamás le falta,
Les muestra que es Gerardo, aunque Fenisa
En su temblor ardiente le divisa.

Discurrir el breve fuego por el pecho
Seguido de un temor ciego y cansado;
Arde el amor contento y satisfecho,
Y helarse siente el corazón turbado.
Alíentanse las fuerzas, á despecho
Del color fugitivo que robado
El miedo tiene con saber que debe
Volver las rosas que robó á la nieve.

Sentía el mismo efecto el caballero,
Y aprieta sin noticia le encamina
Secreto impulso, natural ligero,
Que al propio bien su corazón inclina.
Atrae de su olvido el duro acero
El tierno imán de la hieldad divina,
No dije bien, pues era el fuego ardiente,
Que aun no conoce y en el alma siente.

Llegando con debida cortesia,
Del fatigado bárbaro descende,
Y con turbadas muestras de alegría,
Que el rostro diga su dolor pretende.
Liseno, que en las almas conocía
El mal de entrambos, de las manos prende
Los dos amantes, de que amor rehusa
Oír la queja y admitir la excusa.

«Cesen, les dijo el viejo, las razones,
Que dar Fenisa de tu agravio piensas,
Y menos las disculpas que compones,
Gerardo, moderando sus ofensas;
Pues nunca de acordadas sinrazones
Nacieron tan iguales recompensas,
Que no condenen los terceros sabios
Pedir favores y alegar agravios.

«Pues ya permite el cielo que pasadas
Las tristes horas de la ausencia sean,
Y entrambas navecillas derrotadas
En mar tranquilo su descanso vean;
Pues ya las sierras al invierno heladas,
De mayo los pinceles lisonjean,
Goza de la bonanza que os permite,
Que el gusto ofende quien su mal repite.

«Al campo vamos, donde el dueño mio,
Alfonso invicto, satisfecho aguarda
Tu brazo, del rebelde desvario
Castigo justo, que culpado tarda.»
Así les dice, y con gallardo brio
Del seco tronco de una encina parda
Desata su caballo, y los amantes
Su paso siguen por el bosque errantes.

A media legua, que en el hondo seno
Del bosque entretenidos caminaron,
Durmiendo el viento placido y sereno,
Suspiros mal formados escucharon.
Tiró las riendas el sagaz Liseno,
Y todos juntamente se pararon;
Atienden, y el silencio no les deja
Conocer si es bramido, arroyo ó queja.

«Volviéron, prosiguiendo su camino,
Y en poco trecho, despertando el viento,
Oyeron un furioso desatino,
Mezclado con suspiros y lamento.
«Este furor soberbio y peregrino,
Fenisa dijo, que en el monte siento,
Donde apenas su rostro enseña Apolo,
No puede ser sino de Ansherto solo.»

Un breve espacio atentos prosiguieron
El desierto camino, y de improviso
Un solo y triste caballero vieron,
Tendido al pié del tronco de un aliso;
Y al punto que los tres le conocieron,
Volver las riendas al caballo quiso
Fenisa, porque teme que renueven
Antiguas quejas, y las armas prueben.

Gerardo á detenerla se adelanta,
Callando atento el Catalan altivo,
Que ya del suelo sin tardar levanta
El rostro demudado y pensativo;
A entrambos mira, y con soberbia tanta
Procura, sin ayuda del estribo,
Saltar en el caballo, que se olvida
Que está la rienda al pié del tronco asida.

Sintiéndolo el Rabicano que le oprime
El grave peso, por las riendas tira,
Y al dueño y armas en la arena imprime,
Y el seco monte desatado gira.
Del fiero golpe quebrantado gime,
Y de vergüenza y cólera suspira,
Y con voz arrogante mal formada,
Dijo, empuñando su luciente espada:

« Desciende, caballero de Valencia,
O no descieras, pues mayor ventaja
Pienso tener matándote en presencia
De quien aleva mi verdad ultraja.
No es enojo ni amor ni competencia,
Castigo, sí, de una pasión tan baja,
Que insiste avergonzada con desprecios,
Lenguaje solo para amantes necios.

« Vengarme agora de los dos pretendo,
Siendo común a entrambos el castigo;
En ti, porque matándote la ofendo,
Y en ella porque adora a mi enemigo.
No ya su honor como otra vez defendo,
Ni al justo abono de su amor me obligo,
A quitar, sí, la vida que sustenta
Con justas quejas mi celosa afrenta.

« Debidamente el túmulo acompaña
Que a la constante Laura adorna y cubre,
Y bien con llanto agradecido bañas
La mal compuesta tierra que la encubre.
Fatiga, amante ingrato, las montañas
De la opulenta Génova, y descubre
Cambiantes jaspes, que al honor sagrado,
Si no tu amor, que muestren tu cuidado.

« Apenas las reliquias de la vida
Sintió el difunto cuerpo retirarse,
Y la caliente sangre agradecida,
Poca y turbada procuró animarse;
Cuando en ajenos brazos se te olvida
Un hecho, que pudiera celebrarse
Con justa emulación de las memorias
Que honró de Roma las antiguas glorias.

« ¿ Qué aguarda, di, Fenisa, tu porfía,
De quien faltó con vano atrevimiento,
A ti con la verdad que te debía,
Y a Laura con el justo sentimiento?
¿ No bastan dos engaños, que podría
Mudar cualquiera dellos el intento
Del mas rebelde amor, si no es que loca
Parezca al alma su inconstancia poca?

« Nunca vertiera la inclemente sierra
De Cuenca el agua que templó el acero,
Con que este brazo en tan injusta guerra
El golpe ejecutó sangriento y fiero;
Mas si esta vaina avergonzado encierra
El no culpado ejecutor, ¿ qué espero,
Pues ya mi brazo en tu caduca vida
Mi venganza amenaza y su partida? »

« Esto diciendo, por el aire muestra
De Marte el rayo que labró Toledo,
Y con ligero salto la palestra
Pisó el contrario con gentil denuedo.
« Agora, le responde, que mi diestra
Mover, soberbio, con espacio puedo,
Verase en breve término y distancia
Qué paren estos montes de arrogancia. »

« Furiosos acometen la batalla,
Y puesto en medio, sin tardar Liseno
Sirvió al furor de respectosa valla,
Y a sus ardientes impetus de freno.
« Parád, les dijo, pues Fenisa calla,
Y no permite que el derecho ajeno
Se envuelva con su agravio, que perdona,
Y tu piedad; oh Catalan! abona. »

« Gerardo, agradecido a su fineza,
O por mejor decir rendido y preso,
Con dulce nudo de inmortal firmeza
El alma prende y encadena el seso.
« Testigo soy del trato y la aspereza,
Si en esto puede haber culpable exceso,
Con que cerró Fenisa los oídos
A tus lágrimas, quejas y gemidos. »

« Y así, valiente Capitan, desiste
De amarla, de vengarla y defenderla,
Pues ni señal de amor en ella viste,
Ni ya Gerardo trata de ofenderla.
Si otra ocasión de enemistad tuviste,
Bien puedes satisfecho no emprenderla,
Pues que el honor y vida se restaura,
Si fué venganza, con matar a Laura. »

« Tomarla aquí pretendo del tirano,
Dijo Gerardo, que atrevido y ciego
Puso en el cielo la insolente mano,
Y osó eclipsar los rayos de su fuego. »
« Cuando esto escucha, de Fenisa el llano
Sintió las plantas, y vistióse luego,
Y a Gerardo replica: « No es impropio
Vengar ajeno con agravio propio. »

« Si Ansherto a Laura le quitó la vida,
A ti pensó Gerardo que mataba,
Y siendo por vengarme tu homicida,
Con mi desdicha misma me obligaba.
Y esto me anima a que resuelta impida
Batalla tan injusta, que se traba
Por un dichoso yerro que mi suerte
Troció en acierto y engaño a la muerte. »

« Pues sois entrambos nobles y corteses,
Dad al furor indómito reposo,
Que aun desnudar pudiera los arneses
De una mujer el ruego poderoso.
Mirad que a entrambos llaman los franceses,
Y que yo con respeto vergonzoso
Me afrento de escuchar vanos suspiros,
Pudiendo oír de Nápoles los tiros. »

« De mí os confieso que me ofende y cansa
Ver los guerreros en acciones viles,
Y en tiempo que la guerra no descansa
Reñir por ocasiones femeniles.
Y tú, famoso Catalan, amansa
Este furor, temiendo que aniquiles
Tus hechos valerosos, afrentado,
Tan mal querido como mal vengado. »

« Miróla Ansherto en tanto que previno
El modo de su justa retirada,
Siguiendo luego, sin buscar camino,
Del pardo monte la confusa entrada.
No fué, no, su partida desatinada,
Ni fué en Gerardo detener la espada
Flaqueza, porque entibia sus placeres
La afrenta, en que reparan las mujeres. »

« Con esta suspensión de armas forzosa,
Volverse al campo invicto determinan,
Y con ligera vuelta presurosa
A sus armadas tiendas se acercan.
De Febó apenas la lumbrera hermosa
Torció las sombras que con él declinan,
Cuando un gentil guerrero le acompaña
De la ciudad, saliendo a la campaña, »

« En un ligero bárbaro morcillo
De alegre rostro, que con blanco bebe,
Que si procura el dueño reducillo,
El campo argenta de espumosa nieve.
Era el girel de plata y amarillo,
Con que sutil en el correr se mueve,
Supliendo, por lo mucho que embaraza,
El hierro y la opresión de la coraza. »

« Vestidas de oro, sin labor ni en talla,
Eran las armas de la luz espejos,
Y el sol turbado a recogerlos halla
Confusos y doblados sus reflejos.
Llegando el viento a sus plumajes calla,
Y mudo piensa, aunque le mira lejos,
Que alegre mayo anticipó sus flores
Con esta primavera de colores. »

« Así de Alfonso a la vecina frente
De la primer trinchea se presenta;
Dudosa aguarda la confusa gente,
Y al nuevo caso con discurso atenta.
Llegando pues osado y diligente,
Con voz severa, de temor exenta,
Así comienza, en tanto que prepara
Levantar la visera de la cara: »

« Si gloria en armas, si memoria y nombre
Os mueve, capitanes generosos,
Y el justo aplauso de inmortal renombre
Desprecia los sucesos peligrosos;
Y si cumpliendo lo que debe un hombre
Al natural amor, que los piadosos
Pechos inclina, que sus reyes amen;
Y hacienda y sangre por su honor derramen; »

« Ahora es tiempo, pues al campo os llama
Paradino el guerrero, que en Hesperia
Ha sido, escureciendo vuestra fama,
De plumas tantas singular materia.
Dióme Lorena la primera cama;
Sangre y honor me dieron sin miseria
De sus antiguos duques los primeros,
Famosos por ilustres y guerreros. »

« Llamado vine, y sin llamar viniera,
Del franco rey siguiendo el estandarte,
Y en este amor se funda la primera
Causa que tuve de seguir a Marte;
Tambien me trujo la inclemencia fiera
Con que quisiste Alfonso apoderarte
Del reino ajeno, molestando el dueño,
Que ya reposa con eterno sueño. »

« Y así, defendiendo armado en la campaña,
De la verdad movido y satisfecho,
Que no sucedes, capitan de España,
De la difunta Reina en el derecho.
Tiranamente, con violencia y maña,
Sin dar oídos al común despecho,
Intentas profanar los sacros muros,
Que están en manos de Reiner seguros. »

« Su rey será, si el cielo no detiene
El curso natural de la justicia,
Qu á veces superior, si nos conviene,
Razones y armas con razon desquicia.
Mas si motivo nuevo no previene,
Dejando libre efecto á la milicia,
De tales brazos su caudillo goza,
Que piensan encerrarte en Zaragoza. »

« ¿ Acaso piensas que el poder igualas
Con moros granadinos y andaluces,
Que visten con volantes y bengalas
De grana y de brocado los capuces?
Pasóse el tiempo que sus ricas galas,
Despojos ciertos, que las rojas cruces,
Vistieron, conquistando su porfía
Los campos de la hermosa Andalucía. »

« Del rey glorioso, que sus lises santas
Le dió por armas favorable el cielo,
El muro pisan las temidas plantas,
Honor y gloria del hesperio suelo.
Y cuando no temas grandezas tantas,
Tan gran contrario, su valor y celo,
Francesas armas y el fatal destino
Temed, que está en el campo Paradino. »

« Aun no acabó de referir hinchado
Su nombre altivo, cuando al campo sale,
De acero Enrique y de valor armado,
Sin que otro hermano su presteza iguale.
« Espera, dijo, lorenés soldado,
Veremos presto si tu brazo vale
Tanto como esa lengua á tu corona,
Agora defendiendo tu persona. »

« Así le dice, y apretó animando
Al rucio cordobés, y al mismo punto
Tendiendo el asta, ejecutó, formando
La voz postrera y el encuentro junto;
Y por el diestro lado atravesando,
Dejar pudiera al contendor difunto,
Si no midieran las divisas francas
Con la celada el campo de las ancas. »

« Cual suele la pelota, que rebate
Al suelo opuesto, diligente pulso
Prestarle fuerza, que el surtir dilate
La misma resistencia del impulso,
Así en el duro ingreso del combate,
Del fiero golpe el Lorenés compulso,
Volvió gallardo de la silla al centro,
Soberbio y animado del encuentro. »

« Apenas, recorriendo los arzónes,
Volvió al ferrado albergue de la silla,
Cuando rompiendo al Godo los faldones,
Las aceradas lanas apartilla.
Hirióle, y afirmado en las acciones,
Del yelmo crespo, que cambiante brilla,
Divide Enrique la eminencia fuerte,
Y roja sangre por las armas vierte. »

« Sintióse herido el capitan valiente,
Y en sangre envueltos los turbados ojos,
Y con furor indómito impaciente
Remite á los aceros sus enojos.
Alzó la espada, y apuntó a la frente,
Volver queriendo los plumajes rojos,
Mas solo fué de su ademan asombro,
Que erró la cresta penetrando el hombro. »

« Sintiendo del acero la fiereza,
Sobre el ligero y ofendido vuela
El hijo de Fernando, y con presteza
Al lado opuesto el cordobés revuelve.
Hallóle cerca, y con sagaz destreza
A penetrarle el cuerpo se resuelve
Entre el brazal y el peto, en que encerrada
Pensó la malla resistir la espada. »

« Tan presto ejecutó su movimiento,
Hallando a su contrario sin defensa,
Que á no torcer la punta del intento,
No hubiera de la herida recompensa.
No tanto siente el animal sangriento
De alarbe lanza la mortal ofensa,
Como sintió el guerrero en la estacada
La senda nueva que siguió la espada. »

« Y así, oprimido del dolor se arroja
Al ofensor gallardo, que olvidado
Bajo la espada hasta los puños roja,
Mirando a su contrario desangrado;
Y juntas la venganza y la congoja,
Prestaron para el golpe acelerado
La furia, que es forzoso que prevenga
Quien propia sangre derramada venga. »

« Rompió la gola, penetrando al cuello,
Y abrió la pasta su violento rayo,
Tejiendo entre los rizos del cabello
La antigua y noble sangre de Pelayo.
Teñido de carmin su rostro bello,
Ni el brazo siente ni el valor desmayo,
Leon de España, que animado riñe,
Si el verde campo con la sangre tiñe. »

« Picó al caballo, y al contrario apunta
Al diestro lado que miró vecino,
Rompiendo la fatal violenta punta
Por el acero rígido camino;
Y al mismo instante se mostró difunta
La cara del turbado Paradino,
Que del aliento y de la sangre faltó,
Volvió la espada levantada en alto. »

« Perdió las riendas, y siguiendo el peso
Del flaco golpe descendió a la arena,
Vertiendo el cuerpo con mortal exceso
La misma vida entre la roja vena.
Faltó a su aliento el natural receso,
Y la vital union desencadena
El último suspiro, fiel testigo
Que el alma deja su mayor amigo. »

« Del muro apenas el confuso llanto,
Y en el opuesto campo su alegría
Pudieron verse, reservando en tanto
A cuál se incline receloso el día;
Cuando de la trompeta el duro canto
Por la vecina cuesta prevenia,
Tristes y alegres para ver de España
La gente que corona la montaña. »

« Al son de los templados atambores
Seguían de Fernando el estandarte
(Fernando sucesor de las mejores
Prendas de Alfonso, emulación de Marte.)
Entre lucientes armas y colores,
Seis mil de la corona, que reparte
Entre distintos escuadrones bellos,
Que el sol se mira y se divide entre ellos. »

Mil fuertes montañeses, que reprimen
Las no seguras armas de Gascuña,
Mil de sus llanos, y dos mil que esgrimen
La antigua espada, honor de Cataluña.
Dos mil jinetes de Valencia oprimen
Caballos moros, y gallardo empuña
El menos diestro lanza antigua y larga,
De plata espuelas, y de Fez la adarga.

El ánimo y furor que la trompeta
Infunde en los gallardos animales,
Que el ser con tanto exceso lo interpreta
El vulgo á mas que efectos naturales,
De suerte los alienta con secreta
Fuerza, que sus relinchos desiguales
Trompetas son que animan y previenen
Los que del monte á la campaña vienen.

Formaron por el valle descendiendo
Alegre y repentina primavera,
Con breve engaño el tiempo previniendo
Las varias flores que su monte espera,
Plumas, colores y armas compitiendo
Con mayo, con el arco y con la esfera,
O por mejor decir, quieren que evite
Cualquiera luz, que con su luz compite.

Dudosa admiración, cuidado triste
Reparte en los contrarios su venida,
Y el torpe miedo de temores viste
El natural recato de la vida;
Y su glorioso padre, que resiste
Del blando afecto la piedad debida,
Con mas aliento espera la victoria,
Debida á solo el nombre de su gloria.

Habiendo, sin perder la compostura,
De su paterno amor con dulces lazos
Dado á Fernando posesión segura
En el querido albergue de los brazos,
Sin mas tardanza remitir procura
La breve dilación de los abrazos
A mas espacio, porque dar conviene
El riguroso asalto que previene.

En tanto que sus armas se aparejan,
Y la oprimida Nápoles se guarda,
Y al sol que viene, presumidos dejan
La muestra de sus ánimos gallarda,
Y en tanto que los rústicos se quejan
Del lento paso con que el sueño tarda,
Discurren solos por el bosque umbroso
La bella Arminda y su valiente esposo.

Del viejo Reginaldo procuraban
Llegar á los umbrales conocidos,
Que millas seis de Nápoles distaban
Entre arboledas altas escondidos;
Del sol las altas cumbres coronaban
Los rayos de la tierra despedidos,
Porque sin ilustrar los horizontes,
Nacer le vieron y morir los montes;

Cuando por un ribazo, que termina
El salto de un arroyo, que despeña
A un pardo risco, que pendiente inclina
La tosca frente al agua que desgreña,
La amiga casa, sin pensar vecina,
Un apacible valle les enseña,
Y lejos con la luz breve y cobarde
La muestra el humo al espirar la tarde.

Descubren sus paredes levantadas,
Que en ellas tuerce un apacible río
Las aguas diligentes y argentadas,
Y el paso enfrena de su curso frío.
Ceñido de altas hayas y copadas,
Hace en el valle lóbrego y sombrío
Silencio blando y dulce recompensa,
Del sol quitando la mortal ofensa.

Y entonces la inclemencia de los cielos
Así reprime, y el cristal defiende,
Que rotas las prisiones de los hielos,
Al mar el agua sin parar descende.
Amores cantan, y lamentan celos
Las tiernas aves, que engañar pretenden
La ver de sombra, por robar tirana
Su natural lisonja á la mañana.

Llegaron los amantes á la puerta
Que el dueño ocupa, y con sencillo agrado
Les dió sus brazos y su casa abierta,
De la familia alegre acompañado;
Y viendo que la obscura noche acierta
La muda senda de la cumbre al prado,
Mandó aprestar la cena, que previene
Al noble huésped que en su casa tiene.

Con breve diligencia se dispuso,
Y en limpia mesa, de ambición ajena,
Copiosamente la familia puso
En varios platos la dispuesta cena.
De frutas invernizas se compuso
Segundo otoño, de regalos llena;
Siguió la copia que produce y eria
El caño mar y la montaña fría.

La rubia espiga con su ofrenda blanca
Mostraba, escureciendo los manteles,
De su divino autor la mano franca,
Mejor que de la industria los pinceles.
También el fruto que temprano arranca,
Y acuesta en verde cama de laureles
El rústico olvidado delicioso,
Que darle pudo su licor precioso.

El gran convite, regalado y vario,
Lograron entre muestras de llaneza,
Con solo el cumplimiento necesario
Que pide la comun naturaleza.
Las ricas copas que al romano erario
Sirvieran de ornamento y de riqueza
Pusieron fin, sin ayudar el sueño
Al franco pecho del cumplido dueño.

Vertióse apenas la postrera espuma,
Cuando obligado del piadoso trato,
Su historia Florisbel en breve suma
Al huésped cuenta con silencio grato;
Mas no esperó que el tiempo se consuma,
Debido justamente al dulce rato,
Cuando de Italia la tragedia fuera
Le pide Arminda al huésped que refiera.

«Cuéntanos, dice, de mi patria cara
Desdichas tan sangrientas y notorias,
La suerte de Reiner triste y avara
Y del glorioso Alfonso las victorias.
Que agora cuentas su valor, repara,
A dos oyentes fieles de sus glorias.
Empieza pues;» y el viejo enternecido,
Así del ruego respondió movido:

«Después que del estruendo de la guerra
Dejé el turbado y ciego movimiento,
Y en ocio dulce la quietud encierra
Entre estos montes mi postrero aliento;
Por ser vecina á Nápoles la tierra
Que dió á mis techos favorable asiento,
En estas soledades desperdicia
La fama inútilmente su noticia.

Y así podré contaros brevemente
De tan prolijas armas el suceso
Con el adorno solo que consiente
Esta verdad sencilla que profeso.
Empezaré. Después que vuestra gente
Tuvo en Gaeta el último progreso
Que tú alcanzaste, y prisionero fuiste
Del duque Antonio, que en prision venciste,

Movió su campo Alfonso victorioso,
Postrando de Marquisi y de Escapata
Las fuerzas, y gallardo presuroso
Intenta que Salerno se combata;
Rindióse luego, y sin tener reposo,
De dar asalto á las murallas trata
De la famosa Cava, que previno
La industria á Flándes de tejer el lino.

De allí, fiando al aire sus banderas
En el silencio tímido noturno,
Mandó que de sus huestes las primeras
El margen acometan del Voltorno,
Dejando sus orillas y riberas
Iguales á los campos de Saturno
El gran furor indómito que haña
De nuestra misma sangre la campaña.

»No pudo del comun Padre romano
La gente, que sus aguas dividian,
Mover las armas, procurando en vano
La natural defensa que pedian.
Al fin huyendo la insolente mano
Del vencedor gallardo que temian,
Dejó el legado, que guardarse piensa
De las francesas armas la defensa.

»Siguiendo la victoria, se resuelve
De entrar á Benavento por combate;
Rindió sus muros, y arrogante vuelve,
Temiendo que su gloria se dilate.
Ganó de Ambrersa la ciudad, y envuelve,
Sin que Reiner de resistirle trate,
Castillos, armas, pueblos y naciones
Sujetos á sus bandas y pendones.

»Movido pues de la amistad francesa
Tu primo el Duque, generosa Arminda,
Gallardo emprende la costosa empresa
Antes que al Godo el cuello Italia rinda.
Dejó los muros de la antigua Sesa,
Y en un inculto valle, que deslinda
El término á los montes, que sus frentes
Les muestran del Sebeto las corrientes,

»Formó de sus criados y vasallos,
Y de tudescos, suevos y pulleses
Un escuadron, ceñido de caballos
Lombardos, florentines y albaneses;
Y por querer del todo asegurarnos,
En seis gallardas tropas de franceses,
Tres mil corazas publicando vienen
El arrogante espíritu que tienen.

»A la primera luz, que la mañana
Tendió confusa por el aire vago,
De la vecina sierra helada y cana,
Bajó de sus cabezas el estrago;
Y la española furia altiva insana
Volvió de sangre miserable lago
Las claras ondas, que volvió el Tirreno,
Por no pagarse de tributo ajeno.

»Al fin quedó sujeto á las cadenas
Del noble vencedor tu honrado primo,
Su gente degollada en las arenas,
Y de Reiner la causa sin arrimo;
Logrando en tierras fértiles y ajenas
El fruto de sus armas tan opimo,
La hoz metió con venturosa mano
Desde Castelamar á Caviano.

»Dió vencedor á las Calabrias vuelta,
Y del francés imperio en la coyunda,
El fuerte nudo desenlaza y suelta,
Y el suyo en armas y en justicia funda.
Con esta brevedad firme y resuelta
Las armas vuelve, con temor que cunda
La gente, por quien da al romano suelo
Honor el mundo, y potestad el cielo.

»No fué temor, sino prudencia astuta
Asegurar las fuerzas de importancia,
Antes que el suelo fiel que le tributa
Molesten tantos, ayudando á Francia.
No por agravio y deshonor reputa
Del sucesor de Pedro la constancia,
Ni que llamados cubran la campaña,
Milan, Florencia, Génova, Alemania.

»Con no vencido espíritu quieto
Estas preñadas máquinas desprecia,
De cuyas amenazas el efecto
Temer pudiera victoriosa Grecia;
Y así, animando con ardiente afeto
El uso militar, que tanto precia,
Olvida generoso en su fatiga
Segunda vez la conjurada liga.

»Y sin hallar descanso ni sosiego,
Cercó de Troya los antiguos muros,
Que no con armas del engaño griego
Rindió las fuerzas de sus brazos duros;
Y en vez del riguroso ardiente fuego
De Esforza, los soldados mal seguros
Lloraron de sus manos el castigo,
Perdiendo de los muros el abrigo.

»Quedó rendida la ciudad, y puestos
En dura servidumbre los secuaces
Del Esforcés intrépido, y dispuestos
A estrechas leyes y afrentosas paces,
Dejando asegurados y compuestos
Los pechos, hasta entonces pertinaces;
Y á veces con piedad, sin armas fieras,
Ganaba corazones y banderas.

»Tomó de Capua la ciudad, y embiste
A Sorrento, y siguiendo su fortuna,
Ganó á Puzol, que su furor resiste,
Si hacerle pudo resistencia alguna.
Dejóle apenas desangrado y triste,
Y en brazos del silencio de la luna
Pasó su campo á Nápoles, que espanta
Al sol, que por mirarle se adelanta.

»Cercó la gran ciudad, honor de Europa,
Y nobles tantos con mortal asedio,
Que de armas faltos, de comida y ropa,
Rendirse tienen por forzoso medio.
La humilde gente, que en contorno topa,
Medrosa busca su comun remedio,
Colmando del ejército las tiendas,
El monte, el valle, el mar de sus ofrendas.

»Y el triste pueblo, que afligido mira
El logro de sus mieses repartido,
Y que insolente el Español retira
Lo que sembró su dueño prevenido;
De furia brama, de dolor suspira,
Y su francés caudillo combatido
Del nuevo estado en que sus fuerzas halla,
Quiso intentar en campo la batalla.

»Mas no les pareció consejo cuerdo
Después que á Castilnovo les quitaron,
Y así, turbados con mejor acuerdo
La natural defensa procuraron;
Y cada vez, señores, que recuerdo,
Pregunto, si de Nápoles llegaron
Las nuevas, que se aguardan por instantes,
De verse ya vengados los infantes.

»Esta, aunque breve relacion sucinta,
Es limitada parte de la historia
Que el puro afecto sin colores pinta,
Por dar al vencedor tan justa gloria.
No en blanca carta lisonjera tinta,
Podrá fiar al tiempo su memoria,
Ni menos que del sacro Mantuano
Honrar la pluma ni emprender la mano.

»Demás, que la fatiga del camino,
Y haber en el invierno riguroso
Pisado la cerviz del Apenino,
Al mas robusto pedirá reposo.
Buscad el fiel descanso, que previno
El amor de la vida, codicioso
De nuevas trazas y remedios grandes
Que hallar pudieron Alemania y Flándes.

»En el albergue limpio de la cama,
Porque amigablemente se os conceda,
La Cava ofrece su apacible trama,
Africa plumas, y Calabria seda.»
Esto diciendo, la familia llama,
Y della sabe que dispuesto queda
Cuanto con mano franca prevenia
Su honrada y ambiciosa cortesia.

Los huéspedes dejaron satisfechos
Las sillas, y conformes le agradecen
Las dulces nuevas, y con tiernos pechos
Eterno feudo de amistad le ofrecen.
Mostraba el huésped prevenidos lechos,
Y en uno, del cansancio que padecen,
Remedio hallaron con el sueño blando,
Que atento el huésped les quedó guardando.